

NO OFICIAL

SECCION EDITORIAL

"EL GUATEMALTECO."

GUATEMALA, 29 DE ENERO DE 1885

NUESTRO PROGRESO

No vamos á discutir con el pequeño círculo que dentro y fuera de la República niega el progreso constante y extraordinario de la patria, sin más razón que su odio contra las instituciones que hoy independizan al pueblo del pupilaje ejercido anteriormente por el fanatismo de la sangre, en nombre de la nobleza, y por el fanatismo religioso, en nombre de Dios. Argumentar con los ciegos y los sordos de nacimiento sobre maravillas de la luz y de las notas, describirles los cuadros más bellos del arte y de la naturaleza, hacerles capaces de comprender lo que es la claridad radiante, la armonía universal, no sólo sería absurdo, sino ridículo, porque uno y otro continuarían viviendo en la noche, sin luz y sin sonido. Absurdo y ridículo también fuera para nosotros empeñar un debate con ese círculo, que educado en la esclavitud supersticiosa, no conoce más libertad que la que ámpliamente le conceden para degradarse y asesinar dentro de su propia conciencia la razón; absurdo y ridículo empequeñecer la causa del pueblo rebajándola al nivel de sus opresores y verdugos; absurdo y ridículo, en fin, hablar de los beneficios de una civilización naciente con los que son sus enemigos, porque esa obra no es de ellos, porque la revolución que al profetizarla la trajo y la perfecciona, tuvo que demoler el edificio de ayer, donde paseaban la vanidad de su impotencia, los que hoy calumnian al pueblo, porque se regenera, á su país porque adelanta y al Gobierno, porque el Gobierno es el motor que lo conmueve todo, que todo lo impulsa y lo transforma.

Dejemos á un lado de nuestra senda á esos pocos fanáticos que todo lo tiznan; vivan ellos de la calumnia que derraman, maldiciendo sin cesar el progreso y la moderna libertad, astros de brillante luz que al ascender por el hori-

zonte de Guatemala han puesto en fuga á las nocturnas aves que, como buitres de presa, cerníanse sobre las desgracias de un pueblo que había envilecido la ignorancia y esclavizado la superstición; y en tanto que dentro y fuera acarician la esperanza de vernos caer, escuchamos con júbilo el himno del trabajo y deleitemos nuestros ojos con el bello cuadro que dibuja el porvenir al principiar el año de 1885.

La vigorosa mano de un hijo del pueblo está puesta aún sobre la rueda de la revolución. La máquina se mueve y la reforma continúa. El genio alimentado diariamente por el patriotismo no puede quedar satisfecho con una sólo victoria, y los laureles de ayer necesita reverdecerlos con otros que sean el símbolo de nuevas luchas y de nuevos triunfos en favor de la causa nacional. ¿Qué importa el trabajo ni qué el sacrificio del reposo y de la vida, cuándo el corazón es tan grande como el ideal concebido en esos sueños de gloria inmortal para la patria que se sirve y que se ama? ¿Qué importa la decepción ni qué la ingratitud, cuando á los bienes realizados en el año que pasó hay otros mayores y de suma trascendencia que promover y conseguir? Si la juventud se agrupa en torno de los reformadores ofreciendo el pobolo de su amor y del talento; si millares de niños y de niñas se forman en la escuela; si el ejército instruido y moralizado sabrá en todo caso defender los derechos de la justicia, los fueros de la libertad y el honor de la República; si las leyes son las que fija la democracia y la filosofía y no las que dictarán el absolutismo y el dogma; si los telégrafos ya no son un *lujo innecesario*, sino una imperiosa necesidad; si nuestra oficina de Correos nada tiene que envidiar á la de otros países cultos, prósperos y grandes; si nuestras locomotoras se precipitan ya sobre los rieles de la capital al Pacífico; si nuestro desierto se puebla de valiosas fincas y si nuestras rentas se han quintuplicado en 14 años de luchas, de convulsiones y reformas, el Jeneral Barrios se olvida de todo esto y piensa que nada ha hecho, puesto que no hemos devastado aún los bosques vírgenes del Norte, para tender una doble línea de rieles que nos lleve hacia el Atlántico y que constituya un manantial de vida y de riqueza inagotables. El regoci-

jo de ayer se debilita y se borra ante sus ojos, porque el Ferrocarril del Sur ya es un hecho mientras que el del Norte se inicia y se principia. Después de contestar los cargos de la malevolencia y del odio con las indescriptibles mejoras que embellecen el país, no se considera satisfecho, necesita aplatar á sus enemigos con todo el peso de un ferrocarril interoceánico, que sea perpétuamente el cantor imparcial de la revolución que inició y que continúa su marcha de triunfo, gracias al talento que la guía y al patriotismo que la sostiene. En vano los detractores del genio llamaron una utopía su designio; los árboles del Norte han empezado á caer heridos por el rayo del trabajo: al silencio secular de aquellas vírgenes montañas ha sucedido el concierto de una activa labor que prepara la nueva senda y que vive del poderoso aliento de las máquinas aladas que van y vienen sobre los rieles tendidos.

El Ferrocarril del Norte ya no es una ilusión; el decreto que le dió la vida legal comienza á darle la vida de la realidad y bien pronto vá á despertar del sueño de su letargo á los ricos pueblos del Oriente, á esos pueblos sumidos en la miseria por mano centralizadora del despotismo que no quería el adelanto de la patria, porque ese adelanto era una fuerza armada que debería romper la cadena de la esclavitud y el yugo férreo de la opresión.

Cuando el trabajo termine la gigante empresa y las muchedumbres entusiastas se aglomeren en torno de la vía, y un inmenso clamor bendiga el esfuerzo del que todo lo ha hecho, la voz de la calumnia se elevará dentro y fuera para decir que ese Ferrocarril no cuesta demasiado. No pudiendo imponer silencio al vapor que se escapa y que dá conocer nuestros progresos, ¿qué otro recurso, sino el de mentir? Pobres locos los que reciben un desengaño todos los días, los que persiguiendo con encarnizamiento terrible al Jeneral Barrios, esperan un momento de reposo y le encuentran siempre activo, con la mano sobre la rueda que no se para jamás.

El Jeneral Barrios puede muy bien decir al círculo que dentro y fuera le calumnia: -

Odiadme cuanto queráis; escribid que extrañé de la patria á vuestro obispo, que demolí vuestros conventos, que perseguí vuestra teocracia. Subrayad en los artículos que desahogan la pasión que me burlé de la pobreza y la humillé; hacedme todos esos cargos, que son verdad que nunca he querido ocultar; pero no seáis tan necios para negar que he promovido el adelanto de Guatemala, porque no daréis un sólo paso por punto alguno de la República sin que una obra del Gobierno se os presente delante de los ojos desmintiendo la calumnia. La Guatemala del pasado ha muerto con vuestro poder, y si sobreviven vuestros odios, la Guatemala de hoy tiene que ser inmortal, puesto que se ha vestido la blanca túnica de la libertad, y puesto que lleva en torno de su radiosa frente la aureola del porvenir, que vosotros no podéis oscurecer ni tiznar.